

EL VUELO DEL CÓNDOR

Jefferson rondaba de sol a sol por las obras del extrarradio de Madrid. Una fría mañana su indecisión conmovió las entrañas de Salomón, que con un grupo de compañeros disfrutaban del receso del bocadillo en una obra de Coslada. Salomón le gritó. Eh, amigo, acércate. Me gustaría compartir contigo mi almuerzo. ¿Te hace medio bocata? A mi cuerpo le basta con medio, no más. Sus compañeros, que ya estaban hechos a su generosidad viéndose forzados a compartir bocadillos, animaron a Jefferson. Sí, hombre, acércate. Nos gustaría que nos hicieras compañía. Jefferson se acercó, les saludó, se desabrochó la chompa y alargó su mano a Salomón, que le miró a los ojos, leyó sus hambres y le ofreció su bocata completo: Toma, hermano, creo que sentará mejor a tu cuerpo que al mío.

Jefferson percibió la grata calidez del encuentro. El fuego del bidón con maderas de palés, en cuyo alrededor le hicieron un hueco. El bocadillo de Salomón, que tonificaba sus entrañas, largas horas sin probar bocado. Y el generoso recibimiento de aquellos obreros, que se movían de la escasez a los tajos de obra. Agradeció en silencio emocionado su generosa acogida. Mientras Jefferson se comía el bocadillo, Salomón le sondeó en tono amistoso. ¿Cómo te llamas, hermano?

- Me llamo Jefferson Duarte.

- Y yo Salomón Guerra, presentando uno a uno a sus compañeros.

- ¿De qué país es Vd?, le preguntó Jefferson.

- Soy colombiano, de Barranquilla. No me digas más. Tu habla te delata. Eres peruano. ¿De Lima?

- De Tarma, subiendo de Lima a los Andes por el interior.

- Verás, hermano, acá Jefferson suena raro. Si no te importa, te llamaremos Cholo. Sus compañeros asintieron al unísono: buena idea, Salomón. Acá te llamarás Cholo. Salomón le preguntó en tono compasivo. No tienes trabajo, ¿verdad?

- No. Llegué hace dos semanas y aún no tengo trabajo, asintió titubeando Cholo.

Salomón inquirió con la mirada a sus compañeros. No salió una palabra de su boca, pero todos entendieron el ruego. Había que conseguirle alguna tarea para que pudiera comer y cobijarse. Los compañeros fueron contestando uno a uno que el momento era delicado en la constructora. De los once allí presentes sólo tres tenían contrato de peón. El resto trabajaban a destajo ilegalmente. Además, el jefe había despedido a otros siete inmigrantes sin papeles hacía cuatro semanas. Pues un

hermano es un hermano, afirmó con rotundidad Salomón. Tras un largo silencio, durante el que se miraron unos a otros, se dirigió a Cholo. No temas, amigo, si aquí se nos cierran las puertas yo te las abriré en otro lugar. Inclinando su cabeza y dirigiendo los ojos de sus entrañas a Cholo, le susurró: Espérame en el receso de la comida. Cholo le esperó fuera de la obra.

- ¿Te importaría trabajar en Murcia?, le interrogó Salomón,

- ¿Dónde está Murcia?

- En el Mediterráneo, al sur de Valencia. Para un novato es un lugar tranquilo, menos conflictivo, con distancias más cortas y la vida más asequible que Madrid.

- ¿Cómo es de grande?

- No sé, Cholo. ¿Cómo es de grande Tarma?

- Quizás tenga varios cientos de miles de habitantes, intentó precisar Cholo.

- Pues Murcia será como tu Tarma, cifra arriba o abajo, dijo Salomón intentando conformarle. Aquella equiparación de Murcia a su ciudad natal consoló a Cholo. Tengo un buen amigo en Murcia, que te facilitará trabajo y arreglo de papeles. Lo esencial son los papeles, ¿sabes? Sin regularización pueden devolvete a Perú cuando quieran. Pasaron por la cabeza de Cholo las dos semanas, que permaneció en la chabola de Franklin, las idas y venidas por las obras del extrarradio de Madrid, las hambres de sus huesos y el vertiginoso descenso de plata. Por lo que sin dudarlo le contestó: Ahorita mismo, Salomón.

- Si quieres aún puedes coger un bus esta misma tarde. Allá te esperará un amigo. ¿Puedes pagarte el bus?

- Gracias, Salomón, aún me queda plata para el viaje ¿Cómo buscaré a tu amigo?

- Olvídalo, Cholo. Él te buscará.

- No sé cómo agradeceréte, Salomón.

- A mis brazos, Cholo, acá somos hermanos.

En el andén de la estación de Murcia percibió que un hombre de mediana edad se abría paso entre la gente, gesticulando brazos en alto y gritando Cholo, Cholo.

- Servidor. ¿Quién es Vd?

- Jerónimo Rivas, el amigo de Salomón. Un abrazo, compatriota.

- Tengo entendido que también Vd es colombiano, ¿no es así?

- Colombiano, no más, de Medellín. El compadre Salomón me sopló que eres peruano, ¿no? Verás, amigo, eso sucede allá. Esta frase se convirtió en la mente de Cholo en improvisada espoleta, que dispararía sus contradicciones. Nunca había

logrado entender la rivalidad de Perú con Ecuador o Chile. Se preguntaba ¿quizás no somos hombres iguales? Si el cóndor carece de fronteras, ¿acaso son ficticias?, ¿tal vez no son necesarias?, ¿para qué sirven las fronteras? Pero cuando se cruza el charco, continuó Jerónimo, todos somos hermanos y compatriotas, ¿sabes?

- Cholo le preguntó, ¿y qué patria es esa, que no tiene fronteras?

- La inmigración, los desposeídos de patria, tenemos acá nuestra patria común, una patria sin fronteras. La sombra del cóndor cruzó de nuevo la imaginación de Cholo.

Jerónimo le informó de su proceso de regularización en España, que gestionaría a través de su sindicato y se ofreció a acogerle en su casa hasta que trabajara y dispusiera de autonomía económica suficiente. Me devolverás la plata cuando puedas. Y si las circunstancias te lo impiden, pues quedamos en paz no más, hermano, le dijo con una amplia sonrisa. Cholo dormía en el sofá del comedor, comía en su mesa y participaba de sus conversaciones y anhelos. Por sugerencia de Jerónimo comenzó a buscar faena en los campos de Murcia, consiguiendo su primer trabajo en una cuadrilla de cortadores de limones. Tras cinco semanas de trabajo le planteó dejar su casa. Jerónimo le dejó puertas abiertas para que volviera cuando quisiera.

Cholo se instaló en un pisito del barrio del Carmen de Murcia en compañía de Abrahán, boliviano, y Washington y Edison, ecuatorianos. Serenado de viajes y quebraderos de cabeza, las noches se le fueron revelando como espacios donde dar rienda suelta a su mente y corazón.

Se recrearía en sus raíces. Había nacido y crecido en Tarma, departamento de Junín, Perú. La pachamama y el vuelo del cóndor le hicieron feliz. Con dieciocho años se había enamorado y casado con la chola Genoveva Mata, tres años menor que él, su chinita, como gustaba llamarla en la intimidad familiar. Habían tenido siete hijos, de los que vivían cinco, pues dos se los había llevado la tuberculosis. Dos cruces, que llevaban clavadas en el alma. Desde muy corta edad se había empleado en las chacras de los alrededores de Tarma. Cultivaba, además, su propia chacra, regalo de boda de sus padres, cuyos productos vendía su chinita en el mercado de la ciudad.

Un día, sin embargo, el horizonte amaneció con sombríos nubarrones, que presagiaban tormenta. Nunca había militado en organizaciones políticas o sindicales, aunque sí había participado en las movilizaciones de los noventa contra la política de

privatización de Fugimori, por cuya razón el ejército le vigilaba de reojo, lo que hacía imprevisible el rumbo que pudiera tomar su vida.

Una noche Genoveva y Jefferson decidieron por el bien de sus hijitos, que debería alejarse de aquellos peligros, pensando, además, que con veintiocho años estaba en el apogeo de fuerzas para ganarse la vida en el exilio. Contactó en secreto con un amigo de Lima, que le proporcionaría documentación para viajar de turista a España. Para cuyo pago tuvo que vender su chacra del alma. Pero había que dar prioridad al futuro de sus hijitos.

Pasaría una semana deambulando por la pachamama, acompañando al vuelo del cóndor, llorando en su entrañable chacra, despidiéndose cada noche de su chinita. No encontraría el modo de abandonar Tarma. Tuvo que ser Genoveva quien le empujase a bajar en bus a Lima y subir al avión en Callao. En Madrid se refugió en la chabola de Franklin, compatriota que sacaba los ojos a cuantos inmigrantes caían en sus redes.

A los pocos meses Jerónimo le citó por móvil. Cholo, le dijo, tengo una buena noticia para ti. Mañana nos vemos en el sindicato y platicamos.

- Platiquemos ahorita mismo, por favor, le suplicó Cholo.
- Verás. Un compañero nigeriano ha sufrido un accidente de tráfico, que le impide seguir trabajando en su empresa de mensajería y he pensado que tú podrías desempeñar ese trabajo.
- ¿En qué consiste?
- En conducir diariamente una furgoneta con mensajería de Murcia a Valencia y vuelta en el día. Tienes carnet de conducir, ¿verdad?
- Sí, tengo permiso de conducir de Perú. Y lo convalidé acá.
- Macanudo, hermano. Pues entonces te despedirás de tu actual trabajo dándoles una semana de plazo. Y no olvides cuando vengas mañana al sindicato pedir a los asesores que te preparen tu liquidación.

El trabajo de mensajería liberaba a Cholo de insoportables jornadas de pinchazos, arañazos, humedades e intrigas de algunos inmigrantes africanos y le facilitaría nuevos aires y relaciones. El mundo de la carretera era completamente distinto. Incluso tendría el aliciente de aumentar su plata de manera sustancial. Suponía un salto cualitativo y cuantitativo. Eso sí, trabajaría todos los días de la semana, no podía fallar ninguno.

Sería inevitable que afloraba su mundo emocional en el pisito del barrio del Carmen. Abraham convivía con una viuda española, Washington con una compañera ecuatoriana y Edison con una joven rumana, que había abandonado la prostitución. Cada pareja tenía su habitación e intimidad. Pero ya se sabe, los tabiques oyen, los susurros vuelan y Cholo no era de piedra. Su sensualidad volaba a Valencia, donde le atraía el fino porte de Susana, que le miraba con cierta complicidad. Fueron pasando por su imaginación sus piernas, sus pechos bailando a ritmo de reclamo sensual, ... Con la foto familiar, que trajera de Perú, entre sus manos, el firme vuelo del cóndor le rescataría. Cholo respiró tranquilo, cambió de postura y se encaramó a sus alas. El cóndor cruzó mares, sobrevoló los Andes, le recreó con la pachamama y descendió a Tarma, sumiéndole en los recuerdos de su chinita e hijitos.

Al poco de llegar a Murcia le comunicaría su chinita que los amores de despedida iban a hacerle madre de nuevo. Ahorita en otra llamada le hacía saber que habían nacido dos guaguas y, como era costumbre, le preguntaba qué nombre les pondría. A ella no le importaría llamarles Jefferson a las dos. La paternidad de Cholo le empavonó pensando en las guaguas y en la deferencia de su chinita. Tenía razón. Debían llamarse Jefferson. Pero en su emoción no pudo por menos de recordar a Salomón y Jerónimo. Le gustaría que en agradecimiento sus dos guaguas llevaran su nombre. ¡Ya está!, se dijo a sí mismo. Se llamarán Salomón Jefferson y Jerónimo Jefferson. Así empatizaba e integraba a su chinita, amigos y a sí mismo.

Camino de Valencia Cholo abrió su móvil. Abraham le comunicaba que había firmado el recibí de una carta certificada suya, que venía de Inmigración. Debía presentarse en el plazo de diez días para trámites de regularización. Cholo contactó inmediatamente con Jerónimo, que se ofreció a prepararle la solicitud de permiso oficial en su empresa y acompañarle a Inmigración. Con el permiso de permanencia de seis meses renovables en España en su billetera Cholo abrazó emocionado a Jerónimo.

Sin embargo, en la empresa no pudieron contratar a nadie, la mensajería no se entregó a tiempo, sufrieron reclamaciones y tendrían que pagar indemnizaciones. Algun tiempo después la empresa decidió hacer una reestructuración, ampliando servicios con más ciudades. Los de Murcia a Valencia y viceversa deberían hacerse de noche para mejorar coordinación y eficiencia. A Cholo no le dejarían elegir servicios de día. Su jefe sería muy expresivo: coge Vd el servicio de Murcia a Valencia y vuelta de noche, sí o sí, forzándole a bailar en la cuerda floja. Jerónimo

aconsejó a Cholo que no se negara a aceptar el trabajo. Ya saldrá el sol por alguna parte, le comentó esperanzado.

El turno de noche diario y prolongado alteró sus ritmos vitales. En escasos meses se resintieron su sueño, alimentación y fuerzas y su ánimo decayó viéndose inmerso en una depresión, que desembocaría en prolongada baja laboral. Tan pronto presentó el parte de alta laboral en la empresa, el gerente le despidió. Cholo se lo hizo saber a Jerónimo, que le prepararía su liquidación en el sindicato y le acompañaría a la sede de la empresa. En la liquidación empresarial faltaba la indemnización por tiempo trabajado. Al reclamarlo Cholo, el gerente ordenó al contable en tono despectivo y con un feo gesto de mano: va, es una miseria, póngalo en la liquidación. Cholo, desconcertado, se calló. Pero Jerónimo, curtido en estos rifirrafes, le contestó en tono sereno y firme. Mire, señor, quizás para Vd y su empresa represente sólo unos insignificantes números o unos billetes de papel sin vida. Sin embargo, para mi amigo eso que llama miseria representa su sudor, su pan y el de su familia durante meses. ¿No le parece? Desarmado de argumentos el gerente le replicó: Vd no es quién para venir a dar lecciones. Ya he dicho al contable que se pague. El asunto está zanjado. Dio media vuelta y se marchó.

Cholo quedó impresionado por el valor de Jerónimo haciendo frente al gerente. Le gustaría actuar así, pero le faltaba valor. Envuelto en el agradecimiento, suplicó a Jerónimo: ¿Te apetece comer hoy conmigo? Me gustaría invitarte. Nunca he tenido un amigo como tú.

- Gracias, Cholo. Te lo agradezco en el alma. Ahorita tomamos una cerveza a tu salud, te juro que me apetece. Refreshándose con un sorbo de cerveza dejó caer en tono cercano y emotivo: te sugiero un cambio de planes, ¿te parece bien?

- Pues tú dirás, Jerónimo

- Verás, hasta ahorita no te he hablado del asunto. Un grupo de cristianos, gente del sindicato e inmigrantes formamos un fondo común para inmigrantes, que llegan desprotegidos y sin plata. ¿Te gustaría participar en este fondo de solidaridad?

- No se hable más, Jerónimo. Ahorita mismo. Toma, trescientos €.

- Voy a pedirte algo más, Cholo.

- ¿Acaso entregué poco?

- Fuiste muy generoso. Te voy a pedir tu desvelo personal en el control del fondo. No estarás solo. Hay seis compañeros más.

- Encantado, Jerónimo. ¿No será la plata de éste fondo, con la que me ofreciste cubrir mi regularización y necesidades cuando llegué a Murcia?
- La misma, Cholo.
- ¡Qué alegría me das, Jerónimo! Ahorita soy yo, quien quiere darte una grata noticia.
- Venga. Suéltalo ya, que me tienes intrigado.
- ¿Recuerdas que fui padre de dos guaguas gemelas?
- Claro que lo recuerdo.
- ¿A que no imaginas qué nombres les pusimos?
- Pues no sé, tu nombre supongo. Es lo habitual, ¿no?
- A una le pusimos Salomón Jefferson, a la otra Jerónimo Jefferson.
- No me lo imaginaba. ¿Por qué se te ocurrió eso, Cholo?
- Porque quiero que los nombres de mis mejores amigos ocupen el corazón de mi familia, de mi casa.
- ¿Sabes que eres un tío macanudo, Cholo? Piensas volver pronto a Perú, ¿verdad?
- Mi chinita, mis hijitos y mi corazón me reclaman allá.
- Te voy a echar de menos, hermano. Bueno, Cholo, ahorita habrá que buscar trabajo, ¿no?
- Sí, claro. ¿Por dónde buscamos?
- En el sindicato hay una petición de peón de albañil. ¿Te hace?
- Sabes muy bien, Jerónimo, que trabajaré en lo que haga falta. Hay que comer, cobijarse y alimentar a la familia. Mañana pasaré por el sindicato.

Cholo empezó a trabajar de peón en una obra de la Ronda Sur, en el extrarradio de Murcia y continuaba conviviendo en el pisito del Carmen con Abrahán, Washington, Edison y sus inestables parejas. Las faenas de peón le agotaban más que las de mensajero. Una noche, echado en la cama, rememorando a sus hijitos con la manoseada fotografía de su familia entre las manos los párpados velaron su consciencia.

Por el horizonte de la noche apareció como silencioso astro el vuelo firme del cóndor, que desde el cielo invitó a Cholo a volar. Bajo su tutela cruzaron el océano, ascendieron a las agujas de los Andes y en vertiginoso vuelo descendieron a Tarma. Sobrevolaron la ciudad, el cóndor le señaló desde el cielo su casita y le conminó a descender, mientras él se mantenía en círculos entre quebradas y valle. Cholo entró en la casa sin abrir la puerta, como fantasma. Fue besando y abrazando a sus hijitos uno a uno, empezando por los más chiquitos. Le pareció que todos tenían naturaleza

de ángel. Cuando acabó de abrazar a Isaías, el mayor, le atrajo una cálida y difusa luz. Era Genoveva que le esperaba con los brazos abiertos. En sus ojos negros jamás había percibido tanta ternura, su cabello le llegaba a la cintura, sus labios encendidos decían sin palabras ven, sus mamas puntiagudas le disparaban en tropel flechas de amor. Cholo la besó, la abrazó y se envolverían en el amor hasta que el cóndor llevó las primeras claridades del amanecer y le apremió a regresar. Al despertar se vio humedecido, agradeciendo al cielo tan reconfortante sueño.

Ese día, tras la gratificación del sueño, se mostraría jovial, exultante.

- Cholo, ¿me acercas masa por favor?, le rogó en tono distraído el oficial.
- Faltaría más, ahorita mismo.
- Sebastián, al que sorprendieron la rapidez de su respuesta y tono risueño, le preguntó levantando la cabeza. ¿Has tenido buenas noticias, Cholo?
- Las de siempre, no más. Pero es que he descubierto que mi corazón tiene alma de cóndor. Puede remontar vuelo en cualquier momento.
- Los de la otra orilla del charco lleváis muy dentro el cóndor. Cuéntame, ¿cómo es el cóndor?
- El cóndor, el cóndor ... Es difícil para mí expresar con palabras cómo es el cóndor. No sé ... Sebastián enderezó su cuerpo y paleta en mano no pestañeaba con la atención en Cholo, al que brillaban los ojos. Su mirada indefinida parecía seguir su vuelo. El cóndor, decía, es la majestuosidad de la creación, sobrevolando las miserias de los hombres. El cóndor es libre y su patria no conoce fronteras. Su vuelo anuncia el sol en la madrugada y las sombras del anochecer. El cóndor ...
- Joder, Cholo, me has emocionado, le dijo Sebastián, restregándose con el revés de la mano izquierda las lágrimas de sus ojos. No te hacía yo con ese alma de poeta.
- Verá, Sebastián. Yo también ignoraba que el cóndor sobrevolara España.
- Venga ya, Cholo. No me jodas, que hasta aquí no llega el vuelo del cóndor.
- Eso creía yo. Pero anoche le vi volar acá. Volaba como siempre, majestuoso en las alturas. Comprendí que su vuelo también traía acá el amanecer y el anochecer, su vuelo, simplemente su vuelo, disipaba las fronteras y acercaba a las personas al amor y la solidaridad. El vuelo del cóndor ... Me gustaría que los hombres comprendieran la sabiduría del vuelo del cóndor, acercarles al cielo de sus alturas.

Murcia, 2011

César Herero Hernansanz